

Reseña Bibliográfica: Gangloff, Anne (ed.), *Lieux de mémoire en Orient grec à l'époque impériale* (ECHO–Collection de l'Institut d'Archéologie et des Sciences de l'Antiquité de l'Université de Lausanne), Peter Lang, Berna, 2013, xiv + 395 pp.

Palabras claves : Lugares de Memoria – Oriente Griego – Imperio Romano

Keywords : Places of Memory – Greek East – Roman Empire

El presente volumen editado por Anne Gangloff es el resultado del coloquio “Lieux de mémoire en Orient grec à l'époque impériale”, que tuvo lugar en 2011 en la Universidad de Lausana (Suiza) sobre una temática como los “lugares de memoria”, que, en los últimos años, está despertando un creciente interés entre los especialistas del mundo antiguo. Se trata, de todos modos, de un interés tardío si se tiene en cuenta que la propuesta original de Pierre Nora ha cumplido ya tres décadas. En ese sentido, y sólo a modo de ejemplo, puede observarse que hace tres años apareció también un libro editado por Matthias Haake y Michael Jung, que recogía justamente los trabajos que se habían presentado en el marco de otra jornada académica sobre la temática que había tenido lugar en este caso en Münster en 2006.¹

Se da comienzo al libro objeto de la presente reseña con una introducción de Gangloff, que brinda un sintético, aunque bastante completo, estado de la cuestión sobre el estudio de los lugares de memoria en el mundo grecorromano (“Memorias y lugares de memoria en la Antigüedad grecorromana”, pp. 1-21). A continuación, se ha insertado un breve estudio sobre el impacto que la ya clásica obra dirigida por Pierre Nora ha tenido en la historiografía contemporánea durante los últimos treinta años a cargo de François Jequier. Éste propone un recorrido por los principales debates producidos dentro del campo de la historia contemporánea, advirtiendo sobre algunos usos y abusos del concepto (“Los lugares de memoria”, pp. 23-33). Al final del volumen se incluye un texto de balance y síntesis de lo abordado a cargo de Anne Bielman (“Síntesis”, pp. 371-378).

El volumen se compone, por lo demás, de dieciséis textos de gran calidad, escritos en francés e inglés, que abordan el problema de los “lugares de memoria” desde una multiplicidad de posturas que llaman la atención sobre la diversidad de las prácticas de

¹ HAAKE, M. y JUNG, M. (ed.), *Griechische Heiligtümer als Erinnerungsorte: von der Archaik bis in den Hellenismus*, Stuttgart, 2011.

conmemoración durante la plurisecular presencia romana en el Mediterráneo oriental. Los trabajos han sido organizados en cinco secciones, que se intentarán abordar a continuación.

En la primera de las secciones (“Geografía imaginaria de la memoria helena”), han sido incluidos los trabajos de dos reconocidos especialistas: Ewen Bowie (“Mapeando Grecia: La versión autorizada de Apolonio”, pp. 37-61) y Francesca Mestre (“El *Heroico* de Filóstrato: Lugares de memoria e identidad helénica en el imperio romano”, pp. 63-75). El problema clave que se aborda en ambos trabajos es cómo puede pensarse el espacio geográfico y la cultura a partir del discurso, lo que hace que la apelación al concepto de geografía imaginaria propuesto por Christian Jacob resulte en ese caso pertinente.²

En su trabajo, Bowie propone un examen de la geografía griega de Grecia continental, las islas, Asia Menor, Siria y del mundo adyacente tal como se encuentra reflejada en los sitios que Filóstrato hace visitar, y también no visitar, a su personaje: El sabio Apolonio de Tyana. En ese sentido, y desde una ajustada perspectiva narratológica, los lugares y ciudades mencionados se presentan en una tabla de acuerdo con si los lugares son objeto de la visita del sabio, o si el narrador es quien hace referencia a los mismos, o bien, si la referencia, en cambio, es hecha por uno de los personajes o, por el contrario, si la misma sólo aparece mediada por el comentario de un mito, una obra de arte, un vestido o por el origen de alguna de las personas mencionadas. Los lugares que parecen tener más importancia y, desde la perspectiva de Bowie, “aquellos que constituían el centro de la concepción de Filóstrato de un mundo griego” (p. 39) son: En Grecia: Atenas, Esparta, Olimpia y, quizá, Delfos; en Asia Menor: Éfeso y Esmirna; mientras que, en Italia, quizá Dicearquía (Puteoli). La conclusión de Bowie es que Filóstrato, a través de los viajes de Apolonio, pudo estar buscando “exaltar la posición de un número muy selecto de lugares, que aspiraban a ser los jugadores líderes en el mundo constantemente competitivo de la alta cultura griega” (p. 47).

Francesca Mestre, por su parte, se pregunta si existe “una geografía”, en el sentido de recorrido geográfico, en el *Heroico* de Filóstrato. Comparado con la *Periégesis* de Pausanias, por ejemplo, la obra de Filóstrato no parece brindar ninguna idea de recorrido, de viaje, sino de la evocación de algunos lugares clave, vinculados a las historias de los héroes, y que están situadas, en particular, en el área de la Tróade. Allí se sitúa el diálogo imaginario entre el comerciante fenicio y el vinicultor. En ese sentido, la autora afirma que “la memoria de todo acontecimiento debe poder ser situada en un espacio real; si el pasado puede, por así decirlo, volverse presente, es debido a los lugares” (p. 73).

La segunda sección del libro se titula “Construcción de lugares de memoria en el discurso retórico y en la iconografía” y agrupa tres trabajos. Uno de Pilar Gómez (“Maratón y la identidad griega en el siglo II d.C.: Del mito al lugar común” (pp. 79-94), otro de Alain Billaut (“Un lugar de memoria del helenismo: Borístenes en el discurso 36 de Dión Crisóstomo”, pp. 95-108) y, finalmente, uno de Talila Michaeli (“Alusiones al Nilo y al paisaje nilótico en el arte en el antiguo Israel”, pp. 109-138). Se trata de una sección de gran interés, puesto que estos trabajos hablan de lugares de la memoria, pero no en su sentido

² Ver, por ej.: JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, 2008 (1991).

material, sino en el de sus representaciones literarias, lingüísticas o plásticas, y en cómo dan cuenta de los sentidos construidos históricamente en torno a las mismas por parte de distintos actores.

En ese sentido, Gómez se pregunta ¿cómo devino Maratón un lugar común de la tradición? Además, ¿cómo Maratón se convirtió en un lugar de memoria ectópica (asociada a otro lugar), es decir, a Atenas? La autora observa de qué modo, desde época clásica, en la que Maratón se conformó como “lugar de memoria” con un marcado sentido topográfico y como símbolo legitimador de la expansión imperialista ateniense, se llega a algunos autores griegos de época romana que retoman este tópico de Maratón y lo resignifican. Así, Gómez aborda los casos de Luciano de Samosata y Plutarco de Queronea. El recurrente uso de la memoria de Maratón muestra, para la autora, que “la batalla de Maratón tuvo lugar sólo una vez, pero ‘Maratón’ continuará existiendo mientras se pronuncie su nombre”.

En efecto, las recientes conmemoraciones por los 2500 años de la batalla, celebrados en 2010, que en rigor corresponderían a los 2499 años, son una muestra cabal de esta presencia contemporánea del pasado. El trabajo es excelente, y permite reflexionar sobre un aspecto cultural central para la conformación en el siglo V a.C. de una frontera históricamente construida entre Europa y Asia, entre Occidente y Oriente, pero este reseñador no es tan entusiasta a la hora de suscribir la conclusión final: “En efecto, en aquella época [**siglo II d.C.**], ser griego no significaba rechazar el poder político de Roma, pues el Imperio había suprimido la distinción entre griegos y bárbaros remplazándola por una división de pueblos entre romanos y no-romanos” (p. 93).³ La primera afirmación es innegable. La historiografía sobre el tema ha puesto el acento frecuentemente en la no impugnación del sistema de dominio imperial por parte de los intelectuales griegos.⁴ Con respecto a la eliminación de la división cultural del mundo entre griegos y bárbaros y su redefinición en términos de romanos y no-romanos, quizá sea necesario más bien retrasar la fecha hasta el 212 d.C. con la *Constitutio Antoniniana* de Caracalla y el otorgamiento de la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del imperio.

Por su parte, Billault, observa cómo la ciudad de Borístenes, antigua colonia milesia en el mar Negro, es pensada en el discurso 36 de Dión como un lugar de memoria en tres sentidos: 1) Su descripción actual en relación con su pasado histórico; 2) Su interpretación como una ciudad que recuerda el helenismo y se aferra a vivirlo a su manera; 3) Su construcción imaginaria como una ciudad rica en recuerdo de su historia y como depositaria de la memoria de la cultura griega bajo difíciles condiciones históricas. El autor demuestra de qué modo el cuadro que brindan las investigaciones arqueológicas es compatible con la imagen de declive que propone Dión, pero, al mismo tiempo, cómo el orador elige poner el acento sobre determinados rasgos materiales de la ciudad y culturales para mostrar una cierta

³ El resaltado y la aclaración son propias.

⁴ Ver: PALM, J., *Rom, Römertum und Imperium in der griechischen Literatur der Kaiserzeit*, 1959, Lund; FORTE, B., *Rome and the Romans as the Greeks saw them*, Roma, 1972. Aunque es sensible a la importancia de las teorías poscoloniales y reconoce la complejidad de los intelectuales griegos frente al poder romano, también: SWAIN, S., *Hellenism and Empire. Language, Classicism, and Power in the Greek World, AD 50-250*, Oxford, 1996.

imagen paradójica de la ciudad. Una ciudad griega, en los márgenes del mundo griego en el mar Negro, que, sometida a la presión bárbara, consigue preservar ciertos rasgos del helenismo como forma de autodefinición. Al pintar el cuadro de esta ciudad, sometida al fuerte diálogo histórico entre helenismo y barbarie, Dión va brindando a su vez pistas claves para entender su propio autorretrato como intelectual.

Michaeli explora, por su parte, algunas representaciones, en mosaicos y pinturas, de paisajes nilóticos presentes en distintos tipos de edificios (tumbas, residencias privadas, edificios públicos, iglesias, construcciones reales) del antiguo Israel, desde época helenística hasta bizantina. La autora muestra de qué modo, la imagen de este río egipcio, mediada por Alejandría como símbolo de prosperidad y fertilidad, se abrió camino con el tiempo a su constitución como símbolo de “promesa de prosperidad”, “bendición de la tierra”, etc. De ese modo, se transfirió gracias a su sentido de felicidad última y purificación por medio de sus aguas al universo religioso judeo-cristiano. De ese modo, su aparición en tumbas e iglesias estaría conectada a su sentido, primero, como metáfora del Elíseo y, a través de ésta, como una evocación del Paraíso.

La tercera sección se titula: “Lugares de memoria e identidad cívica”. Se agrupan tres trabajos interesantes, en particular, para los historiadores preocupados por los fenómenos identitarios en las póleis griegas en el paso del mundo helenístico al dominio romano. Los trabajos son de Claude Bérard (“‘Memoria eterna’: El *herôon* de Opramoas en Rodiápolis”, pp. 141-153); Marietta Horster (“Capas de la memoria corporativa en el santuario de Deméter y Core en Eleusis”, pp. 155-178); y Olivier Gengler (“¿De quién es la memoria? Construcción identitaria e imagen del pasado en los santuarios del sur del Peloponeso bajo el alto imperio romano”, pp. 179-198).

En el primero de los estudios mencionados, Bérard llama la atención sobre la asociación entre la tumba de un notable local del siglo II d.C., Opramoas, y el archivo cívico en la pequeña ciudad de Rodiápolis en Licia (Asia Menor). La autora menciona que el tipo de “biblioteca-mausoleo” no es un caso aislado en el mundo griego, sin embargo, el caso de Opramoas presenta algunos rasgos que lo hacen único. Su ubicación vuelve a la tumba “un lugar de reencuentro y de reunión” para la comunidad cívica, puesto que se hallaba próxima al ágora (p. 145), tal como podía esperarse que ocurriera en el caso de la tumba de un arquegeta o fundador. Las inscripciones en sus muros son de un periodo temporal de unos 29 años, remitiendo a acciones entre 123 y 152 d.C., y no constituyen un registro sistemático de las acciones de Opramoas, sino una selección, que pone el acento, fundamentalmente, en sus acciones como “benefactor” (evérgeta) tras el terremoto de 141 d.C. Bérard también se cuestiona sobre el origen de la riqueza de este Opramoas, aportando interesantes respuestas acerca de su rol como prestamista local y regional.

El epílogo del artículo presenta una crítica fuerte contra la tesis de Jan Assmann.⁵ Por un lado, se critica su idea de la inexistencia de “sagradas escrituras” en Grecia, mientras que,

⁵ ASSMANN, J., *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*, Múnich, 1992.

por el otro, su afirmación de que en Grecia “no hubo nunca una memoria pública consignada en los archivos públicos”. La segunda crítica es perfectamente clara, y el reseñador está de acuerdo, puesto que los dossiers epigráficos helenísticos tienen justamente ese sentido. Con respecto a la segunda cuestión, sin embargo, pueden observarse dos puntos. Primero, no se entiende el sentido de traer a colación ese problema, puesto que la existencia o no de un texto sagrado no está relacionada con lo abordado en el artículo. No obstante, Bérard arguye un ejemplo: “para el Orfismo, nosotros tenemos un número impresionante de himnos y de fragmentos diversos...” (p. 150). Sin embargo, esta postura encuentra ciertos problemas con lo que se observa actualmente, y esto es que la gran variedad de “laminillas” doradas, a menudo llamadas “órficas”, no está claro que respondan todas a la misma tradición y su contexto ritual presenta varios interrogantes aún no resueltos, lo que se advierten en notables diferencias entre los diferentes textos que componen el “corpus”.⁶

En el siguiente artículo, Horster propone un recorrido por las inscripciones del santuario de Eleusis, en el Ática, que se extienden por un periodo que va desde el siglo V a.C. hasta el IV d.C, constituyendo un corpus de unas 650 inscripciones. El carácter periférico del santuario, con respecto a Atenas, confiere a esta “selección” de inscripciones consideradas dignas de ser conservadas un carácter más local, con más sentido para la historia regional del santuario y de los habitantes del demos. En ese sentido, Horster observa cambios en los modos de representación en piedra, pero también en los grupos representados a lo largo de todos esos siglos, contribuyendo a comprender la complejidad de la historia de las identidades cívicas en el Ática en el marco de la larga duración. La autora muestra que existe una cierta continuidad entre los siglos V y II a.C., en que el santuario se configura como un espacio para la pólis y sus decretos, algo que comienza a cambiar hacia el final de ese periodo.

Las conclusiones son importantes, en opinión del reseñador, por dos motivos. Primero, porque atestiguan la vitalidad de la pólis, entendida como “comunidad política” y “ciudad” o “ciudad-estado” de acuerdo a la argumentación de Mogens Hansen, hasta bien entrada la época helenística.⁷ En ese sentido, la distinción entre una alta época helenística y una baja, cuyo corte se establecería en torno al siglo II a.C. como resultado de drásticas transformaciones políticas, hallaría cierto apoyo en esta evidencia.⁸ Segundo, porque sus observaciones aportan elementos para entender la autorrepresentación del cuerpo cívico en época romana, es decir, sobre qué imagen cívica se buscaba colectivamente proyectar. En ese sentido, por ejemplo, la decisión de conservar un corpus de inscripciones del siglo III a.C., “que está representado por *stélai* que dan testimonio de la pelea por la *autonomía* y la *eleuthería* contra los macedonios por todos los atenienses, incluyendo la fortaleza de Eleusis” (p. 168), muestra justamente qué tipo de hechos “militares” se buscaba que fueran visibles y pudieran ser leídos por los vistantes del santuario en época romana. Este único ejemplo,

⁶ Puede consultarse: CALAME, C., *Prácticas poéticas de la memoria. Representaciones del espacio-tiempo en la Grecia antigua*, México, 2009 (2006), pp. 211-265.

⁷ HANSEN, M., *Polis. An Introduction to the Ancient Greek City-State*, Oxford, 2006.

⁸ GRANDJEAN, C., HOFFMANN, G. et al., *Le monde hellénistique*, París, 2012 (2008), p. 20.

aunque la autora trae a colación un análisis del sentido de las inscripciones de los siglos V, IV, III a.C. hasta el IV d.C., pone en evidencia que las antiguas inscripciones del santuario en Eleusis “presentaban y creaban diferentes capas de una historia imaginada” (p. 169).

En los últimos años, la memoria de las ciudades griegas de época imperial romana se ha convertido en un tema de gran interés para historiadores y arqueólogos. Particularmente, desde la publicación del *Graecia Capta* de Susan Alcock en 1993, se buscó entender y explicar en qué medida la instalación del dominio territorial romano había contribuido a modificar los paisajes cívicos y las realidades culturales de Grecia.⁹ Este proceso, sin embargo, no habría sido unidireccional, partiendo desde el poder imperialista romano, pues las élites griegas reaccionaron a la nueva realidad e intentaron redefinirlo a través de un diálogo discursivo y material en que nuevas identidades se conformaron. Esto fue particularmente señalado en el caso del Peloponeso, por ejemplo, por Yves Lafond en un libro pionero.¹⁰

En sintonía con estas preocupaciones, el artículo de Olivier propone abordar algunos casos de santuarios en el Peloponeso, buscando reconocer sobre qué lugares y sobre qué figuras, heroicas o divinas, se buscó fijar la conmemoración del pasado, así como también entender en qué medida estas prácticas permiten observar de quién era esa memoria y cómo buscaba ser fijada. ¿Qué santuarios sobrevivieron a la invasión romana y por qué? A partir de los ejemplos de Laconia, del santuario de Artemisa Limnatis en Mesenia y del de Hera de la Argólida, Olivier demuestra que muchos de estos edificios sufrieron fuertes restauraciones en época romana, en las cuales intervinieron no sólo las élites locales griegas, sino también los emperadores romanos que abogaron por una política filohelénica. Esto nos pone frente al estimulante problema de las relaciones entre helenismo y poder imperial romano y nos invita a repensarlo en términos más dinámicos, menos conflictivos, pero sobre todo menos unidireccionales, quizá en sintonía con lo expuesto en su momento por Alcock: “El paisaje sagrado, entonces, no fue un constructo simple, sino una reacción compleja y dinámica a la incorporación imperial”.¹¹

La cuarta sección lleva como título “Topografías sagradas” y propone la lectura de tres trabajos: Anne Jacquemin (“De los lugares sin memoria o los blancos del mapa de la memoria délfica”, pp. 201-214); Christian Raschle (“El templo de Apolo en Dafne: Un lugar de memoria en el centro del conflicto entre cristianos y paganos”, pp. 215-238) y Jean-Sylvain Caillou (“La tumba de Jesús: Origen y construcción de un lugar de memoria”, pp. 239-252).

Estos tres estudios abordan justamente la cuestión de los lugares de memoria vinculados a la religión, y los rituales inherentes, en el mundo antiguo. Jacquemin se pregunta por los silencios notables en algunos autores que recorrieron Delfos en época romana, como Plutarco o Pausanias, sobre ciertos edificios que, por el contrario, resultan muy importantes, y enigmáticos, para los arqueólogos modernos. Fundamentalmente, lo que llama la atención es una ausencia prácticamente total de la historia de la propia pólis de Delfos dentro de

⁹ ALCOCK, S., *Graecia Capta. The Landscapes of Roman Greece*, Cambridge, 1993.

¹⁰ LAFOND, Y., *La mémoire des cités dans la Péloponnèse d'époque romaine (Ile siècle av. J.-C.-IIIe siècle après J.-C.)*, Rennes, 2006.

¹¹ ALCOCK, S., *Graecia Capta...*, *op. cit.*, p. 214.

miradas culturales de estos escritores griegos, que estaban mucho más preocupadas por la definición de una identidad panhelénica bajo dominio romano y se mostraban, por el contrario, poco sensibles a las realidades locales.

Raschle, por su parte, aborda cómo la definición de múltiples lugares de la memoria en torno al santuario de Apolo en Dafne, en Antioquía del Orontes (norte de Siria). Primero, por parte de los paganos y, luego, de los cristianos, a partir del depósito de los restos de San Babilas, y de numerosas tumbas cristianas y la posterior construcción de una iglesia sobre el sitio. Estos actos pueden ponerse en relación con las transformaciones de la sociedad antioquena en el siglo IV d.C. Al mismo tiempo, los discursos de Juliano el Apóstata, Libanio y Juan Crisóstomo permiten ver cómo en el plano discursivo estas memorias construidas en torno a los lugares permiten acceder a los juegos de fuerza política operantes en las transformaciones físicas y religiosas de la ciudad.

Finalmente, en su trabajo, Caillou se pregunta sobre las condiciones históricas que pudieron permitir que la memoria de la tumba de Jesús se conservara desde su entierro hasta el 325 d.C. cuando Constantino ordenó que una iglesia fuera construida en su lugar. El autor muestra que esto no es posible por varias razones históricas y que, por el contrario, se trata de una asociación más moderna entre los hipogeos reales y la tumba de un rey, es decir, del hijo de Dios, en un plano largo de la historia judeo-helenística. Al mismo tiempo, la elección del lugar, y de una tumba específica, debe mucho a la cultura romana. En efecto, la asociación pudo venir dictada por la presencia en las cercanías de esa tumba de un templo Capitolio, que se sabe que en Roma estaba cerca de la roca Tarpeya donde eran ejecutados los condenados. El suplicio de Jesús podía bien ser identificado culturalmente con este lugar en particular, por su sentido romano, y justificar, al mismo tiempo, el derrumbe del templo pagano y la erección de una iglesia cristiana en el mismo sitio sin levantar oposición.

La quinta y última parte del libro es la más voluminosa, ya que compila cinco trabajos. Lleva por título “Emperadores y lugares de memoria grecorromanos” y los trabajos incluidos son de: Éric Guerber (“La fundación de Nicópolis por Octaviano: Afirmación de la ideología imperial y filohelenismo”, pp. 255-277); Christine Hoët-van Cauwenberghe y Maria Kantiréa (“Lugar griego de memoria romana: La perpetuación de la victoria de Accio desde los Julio-Claudios a los Severos”, pp. 279-303); Stéphane Lebreton (“Las puertas de Cilicia”, pp. 305-331); Caroline Blonce (“Issos, Alejandro Magno y Septimio Severo”, pp. 333-352) y Agnès Bérenger (“Caracalla y los lugares de memoria en Oriente”, pp. 353-369).

Se trata de una sección con un núcleo claramente común, que tiene que ver con la apelación por parte de emperadores romanos a sitios de memoria en el Mediterráneo oriental. Esto se observa en aquellos monumentos en los que los emperadores están involucrados personalmente en su creación, y por lo tanto en su particular relación con los mismos, como ocurre en el caso de los dos trabajos dedicados a Nicópolis (29/7 a.C.) y a la batalla de Accio (31 a.C.). Ambos lugares permiten poner en juego una política romana en relación con el helenismo. Los últimos tres estudios, por su parte, llaman la atención sobre ciertos aspectos íntimamente relacionados con el problema de la *imitatio Alexandri*, que está presente desde la muerte del rey macedonio y que es parte también de la obra de los

historiadores latinos. Allí, se puede reconocer, por lo tanto, aspectos físicos de esta leyenda de Alejandro, leída y recreada con nuevos sentidos varios siglos después por emperadores y escritores de época romana.

El presente libro, después de la síntesis y balance realizados por Bielman, cierra con un útil índice onomástico. El mismo se halla discriminado en siete secciones, que facilitan su consulta por los lectores, teniendo en cuenta nombres geográficos; nombres étnicos; dioses y diosas, héroes y heroínas; emperadores y miembros de la familia imperial; reyes, reinas y príncipes; nombres de personajes (históricos y ficticios); y principales autores antiguos. Podría haber sido de interés añadir además un índice de pasajes de las obras de autores citadas, así como también de la voluminosa cantidad de material epigráfico utilizado.

Para resumir, Gangloff ha reunido estudios de gran calidad, y variedad, en torno a un problema de intenso interés dentro del campo de los especialistas de la Antigüedad, como lo es concretamente el de la memoria y los lugares de la memoria, por lo que el reseñador considera que los estudios aquí compilados van a ser de interés para historiadores, filólogos y arqueólogos interesados por esta problemática antigua. La heterogeneidad de enfoques y problemas históricos abordados permite tener un pantallazo general de las posibilidades que este problema brinda para plantear nuevas preguntas, aunque, ciertamente, conspira contra la unidad temática del libro como conjunto. Miradas teóricas claramente diferentes en torno al problema de los lugares de la memoria conviven en *Lieux de mémoire en Orient grec à l'époque impériale*, sumadas al hecho de que la diversidad de fuentes (literarias, epigráficas, arqueológicas, iconográficas) utilizadas por cada uno de los especialistas para abordar sus temas presentan problemas específicos propios. Las respuestas no pueden ser, por lo tanto, homogéneas. Esto, más que una debilidad, debería considerarse una fortaleza del presente volumen, que brinda al lector un calidoscopio metodológico que, con la policromía de estudios propuestos, ofrece una renovada imagen para entender los problemas político-culturales del Oriente griego bajo dominio romano.

Álvaro M. Moreno Leoni

Universidad Nacional Autónoma de México

moreno.leoni@gmail.com